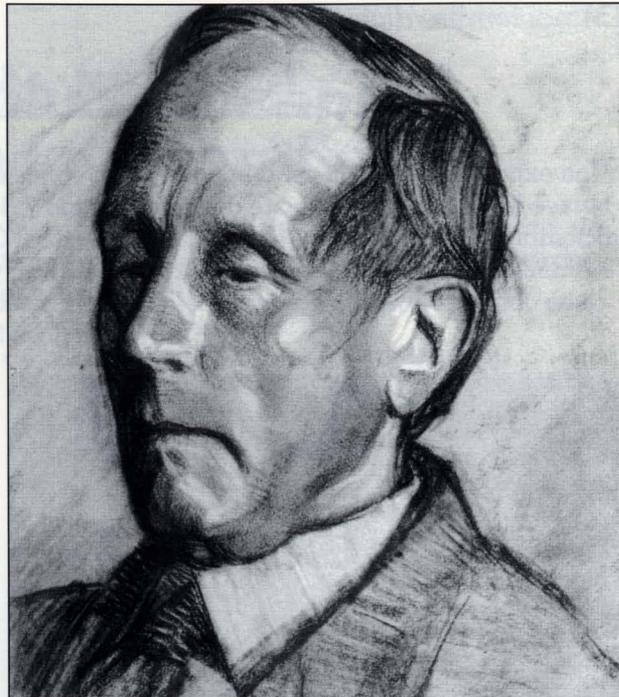


Domingo Ortega, por Ignacio Zuloaga

En la colección de dibujos de Ignacio Zuloaga hay en primer lugar una serie de retratos de hombre y entre ellos uno de Belmonte, que destaca por su calidad, como también sobresalen el de Pablo Uranga, gran amigo suyo, y el de «Azorín» ya tallado, que debió servirle para otro grande al óleo, al que ya se ha hecho referencia. Otros retratos de personas menos conocidas, no son menos vivos de expresión. En algún apunte rápido hay anotación escrita, como en el del casero vasco al que hay que poner «la nariz más grande». Aparte de las cabezas hay apuntes de cuerpo entero (como el del pintor) u otros de medio cuerpo, que dan idea del propósito del artista, para realizar el cuadro al óleo. Así el del ganadero Aleas, tipo popular de su tiempo en Madrid, los de Beiztegui, etc.

La bastante nutrida colección de retratos femeninos nos habla de un género en el que Zuloaga descolló. Fue estupendo, por ejemplo, el retrato que hizo a la Condesa de Noailles, una de las grandes bellas «fin de siècle». Aquí (y correspondiendo a fechas más modernas) hay una serie muy expresiva de retratos de mujeres con expresión enorme, como el de la señora Goldschmidt de Berlín, y otro al que llama «mal Gorrón» (?). Cabe hacer una subsección con otros de tipos femeninos más populares y otra con dibujos de proyectos para conjuntos de grandes retratos al óleo. Un tema que



Azorín, por Ignacio Zuloaga

también ocupó y preocupó mucho a Zuloaga fue el del desnudo femenino que tanto ha tentado a los grandes pintores, de Tiziano a Goya, pasando por Velázquez.

Zuloaga, por último, fue un pintor casticista y «literario» hasta cierto punto. Como a otros muchos le tentó asimismo la figura de Don Quijote. También la de Sancho Panza, según lo comprueban cuatro dibujos de esta colección. Sin duda se consideró a sí mismo un representante más de la tradición (ya que no «escuela») española. Esto también se refleja en ciertos temas, como el de los enanos al estilo velazqueño, los tipos populares algo decimonónicos y románticos y el de interiores de posadas, de todo el cual también hay esbozos y esquemas en esta serie, que se custodia en su casa de Zumaya, junto con grandes composiciones al óleo.

Hoy, en 1989, después de caprichos y veleidades, incluso de «olvidos voluntarios» (táctica que a las generaciones presentes parece que les seduce) la fama de Zuloaga vuelve a surgir, como era de esperar. Se redescubre lo que no debía tener necesidad de descubrirse: pero el amaneramiento mental colectivo es así. Hoy más que nunca, cuando priman los gustos y opiniones sobre todo lo divino y humano, ajustados a la posesión de un modesto «carnet» político: algo peor que un «-ismo» más.



ZULOAGA: EJEMPLO DE FUERTE PERSONALIDAD ARTÍSTICA

Zuloaga decía que quería trabajar a puñetazos. O sea, para entendernos, imponiase por la fuerza del trazo. El dibujo de Zuloaga se construye desde un trazo enérgico y grueso. Porque en realidad no describe sino que sintetiza. Enrique Lafuente Ferrari, especialista en la obra zuloagueña, escribe que este tipo de dibujos: "... no sólo delimita la forma con cierta sequedad sintética, sino que esboza el ritmo de la composición general de la obra". O sea, que al igual que su admirado El Greco, va directamente a la esencia. El alma del dibujo.

Zuloaga es un ejemplo de fuerte personalidad artística, que nada le hace cambiar en su intención. París no le arrastra por los caminos de la novedad, ni siquiera en su temprana juventud, como los impresionistas no le arrastraron por los caminos del aire libre. Por ello su dibujo no es documental, con pretensión de descripción, sino que es un dibujo mental, con voluntad de síntesis. Es por ello que, contrariamente a lo que pueda parecer, Zuloaga es un pintor cerebral, antes que emotivo.

Francesc Miralles